

ITAMAR VIEIRA JUNIOR

Salvar el fuego

Traducción del portugués de

REGINA LÓPEZ MUÑOZ

ÍNDICE

La venganza tupinambá, 15

Luzia del Paraguazú, 83

Manaíba, 183

El alma salvaje, 275

Agradecimientos, 319

Para mi madre

«La tierra, ese valle de lágrimas».

JUAN RULFO

«Lo que ella quiere de nosotros es coraje».

JOÃO GUIMARÃES ROSA

«La tristeza entera era el fuego».

SIMONE SCHWARZ-BART

LA IRA DEL CUERPO se vuelve más violenta en noches de luna llena.

Ya no conseguía recordar las tareas del día a día. Tampoco supo explicarse cómo y cuándo se había tumbado, exhausta, en la estera de paja, ni en qué momento deshizo —en un arranque de furia— la trenza gruesa que domaba su cabello encrespado y negro y que reflejaba el brillo de la luz de una lámpara. Luego imaginó que las hebras de su cabello se transformaban en raíces en contacto con el suelo de la habitación, y tal vez todo eso ocurriera antes de que un dolor violento le traspasara las caderas. O antes de que se le enturbiara la visión. O un poco antes de que el sudor le chorrease por la cara y la espalda igual que una fuente de agua tibia. Fue al mismo tiempo que sintió unas inoportunas ganas de orinar.

Tumbada aún, puso la mano sobre el vientre de su cuerpo menudito. Allí, sabía, estaba la causa de su sufrimiento, la vida que se retorció con violencia; era como si ella misma estuviera a punto de estallar víctima de la fuerza que pugnaba por salir de sus entrañas. Podía quedarse inmóvil y que su cuerpo siguiera su curso, como el río, porque había visto a otras mujeres hacer lo propio. Podía pedir ayuda y mandar a alguien a buscar a la partera de Tapera do Paraguaçu, esa mujer que olía a aguardiente y tenía las uñas largas y sucias. Prefirió seguir en silencio hasta que ya no tuvo elección y su tempestad la consumió y rasgó el vientre y la pelvis y fue cada vez más intensa.

Hacía una noche húmeda, de pocos sonidos; el zumbido de algún que otro insecto, ni siquiera el silbido del viento por encima de las palmeras de la margen izquierda del río.

Los suyos dormían a su vera y de vez en cuando movían los pies, se ponían de lado, agitaban las manos para espantar los mosquitos que

los rondaban, inquietos. Que fuera breve, que se concentrara en lo que tenía que hacer, porque se despertarían tan pronto como despuntara el día. Recordó la lucha de sus padres cuando los niños exigían comida y energía para apaciguar las peleas, para los baños, para curar las heridas, para servir los alimentos en los viejos platos de esmalte, y parecía que nunca era suficiente, tan descomunal era el hambre.

En los últimos meses por fin habían llegado las lluvias, pero los hombres desencantados dejaron los campos mermados a la buena de Dios y zarparon en los *saveiros*¹ para vender lo que había sobrado de la última cosecha: pequeños cargamentos de harina de mandioca, coco, aceite de palma. Prometieron traer dinero. Volvieron al cabo de varias semanas sin nada o, como mucho, con botellas de cachaza. Las mujeres de Tapera observaban la marea, y la marea avanzaba y retrocedía sobre el río mientras ellas vivían esperando a sus hombres. Aprovechaban las aguas bajas para salir con cubos de lata y cucharas a buscar marisco. Sabían que ellos no regresarían en el plazo prometido. Los niños llorarían de hambre, sin preocuparse de si sus padres habían vuelto o no, y allí solo quedarían las madres, cada vez más añosas, a cargo de las obligaciones.

Las mujeres se las arreglaban como podían para seguir adelante con sus vidas; una de las certezas era que pedirían permiso a los monjes para recolectar los anacardos de los terrenos de la Iglesia. Ellos accedían con la condición de que entregasen los mejores frutos a la cocina del monasterio. Mientras cumplieran, podían comerse lo demás. Vendían las sobras de la cosecha a los que iban de paso, henchidas de dignidad, en unas mesitas que montaban a la puerta de las casas que daban a la calle. Luego, a final de año, los brotes que nacían en las ramas más bajas servían para matar el hambre, además de los frutos que habían sobrevivido a la primera cosecha y habían medrado en las ramas altas.

1 Embarcación tradicional brasileña de madera, por lo general con un mástil y una vela, fondo plano y proa de pico, que se utiliza para el transporte, la pesca y el turismo, sobre todo en ciertas regiones, como el estado de Bahía. (Todas las notas son de la traductora).

A lo largo de aquella mañana, ella había observado desde lejos a las vecinas de Tapera salir con sus canastos para recoger lo que encontraran por el camino. Ella no se sumó para que no le vieran la tripa, porque, aunque era una tripa pequeña y contraída y avergonzada, era imposible engañar a las madres de Tapera. Ellas conocían el cutis y el brillo y el cabello de las que llevaban una criatura en el vientre. Ellas sabían, por las uñas y por el aliento dulce y por la anchura de las caderas. Sabían si el bebé saldría criado o chiquito y cuándo llegaría. Y, si se hubiese relacionado con ellas en los últimos meses, habría sabido que aquella noche de luna llena iba a ser el momento.

Y se levantó, equilibrando el cuerpo, acurrucada en el suelo, con el camisón empapado de sudor y pegado a la espalda y bajo los pechos. El dolor aumentaba, como aumentaba también la rabia que no sabía de dónde venía, y ciertamente se había arrancado un buen puñado de mechones al deshacer la trenza. Dejó la melena libre como la copa de un árbol. Sus pies se deslizaron por el suelo de tierra buscando el camino para salir de la casa. Cuando se acercó a la cortina que separaba la alcoba de la sala, levantó la cabeza. Pero ni siquiera eso pudo detenerla, y cabía la posibilidad de que a la mañana siguiente su imagen se revelara como un sueño en la noche que avanzaba, como todas las demás sobre todos los suyos, sin sobresaltos.

Entonces se deslizó no solo por el suelo de la casa, sino también por la noche que reinaba en el cielo: la luna, un farol que se colaba por las rendijas de la ventana como una invitación para que el animal nocturno abandonara la madriguera. Quitó la barra de madera que cerraba la puerta, no sin antes morderse los labios, un gesto oportuno para impedir que se oyera el ruido de los goznes.

Notó un aliento; era la brisa cálida que la sacaba de la casa.

No había pensado de antemano en aquel momento ni en lo que haría, y el cuerpo despertó por un instante de la apatía de los últimos días siguiendo sus propios instintos. No quería a aquella criatura; no podía entrar otra boca en una casa sin recursos. Si no se bebió las decocciones fue porque no las conocía. Tampoco se acogió a los hechizos de las ante-

pasadas ni a los secretos guardados en los rincones más insondables del espíritu de las mujeres. Hacía mucho que esa vida pasada era rechazada por los suyos, que poco a poco fueron volviéndose otros porque empezaron a creer en las palabras de los forasteros. Pero nada podía detener al animal que crecía dentro de otro animal, y ella no sabía si era por la falta de conocimiento o por el eco de las prédicas del monasterio —que habían sepultado Tapera bajo la amenaza permanente de un castigo del cielo— o por los designios del Espíritu de Dios. Mientras andaba, sintió que otros animales se apartaban del camino y se encaramaban a los árboles y se escabullían entre los matorrales y se escondían en las madrigueras y se zambullían en el río antes de que ella pudiera alcanzarlos.

Sus pies entraron en contacto con el agua, primero uno, luego el otro, y su cuerpo se desvió como una ramita seca siguiendo la corriente. Y el dolor, el dolor ya no se concentraba solo en su vientre; el dolor la poseía por completo. Se permitió gemir cuando los peces la rozaron con sus cuerpos, y para no dejarse arrastrar por la corriente en dirección a la bahía clavó los pies en la arena del lecho del río justo en el punto donde su vientre quedaba sumergido. El movimiento de las aguas le procuró cierto alivio que enseguida se disolvió. Pero ella no se había metido en el río en busca de consuelo. Ella quería agitarse en la corriente que la atravesaba y pasar por todo lo que necesitaba para sentirse viva. Así fue como separó las piernas y la marea y el río la invadieron y a punto estuvieron de ahogarla: las aguas inundaron su cuerpo y su corazón.

Cuando por fin naciera el bebé, lo entregaría a las aguas. Que el río cuidara de su cría. Que la corriente se la llevara bien lejos.

La venganza tupinambá

CADA VEZ QUE CONTRARIABA a Luzia desobedeciendo sus órdenes, contestando a casi todo con respuestas agresivas, me decía que era tan malo que mi llegada al mundo puso fin a la vida de nuestra madre. «Acabaste con mamá» era la sentencia cruel que lanzaba para fastidiarme y referirse a las complicaciones que se derivaron de mi nacimiento. Mi madre, deprimida, se metió en la cama. «Se fue de melancolía»; eso era lo que se contaba en casa. Nunca supe exactamente qué le inspiraba yo a Luzia a raíz de lo que nos pasó. Decía que, por haber tenido que criarme siendo todavía tan joven, nadie quiso casarse con ella. Ningún hombre habría estado dispuesto a aguantar mis impertinencias. Su rencor era imperecedero. Caí como un lastre sobre sus hombros tras la muerte de mamá y la partida de nuestros hermanos. Para Luzia, yo encarnaba otra preocupación que venía a sumarse a todas las demás: llevar la casa, cuidar de papá, ocuparse de la ropa de la iglesia y esquivar la mala baba de los vecinos de Tapera.

A diferencia de mamá y de las mujeres del pueblo, Luzia, mi hermana mayor, no parecía interesarse por el arte de la alfarería ni tampoco por la labranza. Decía que la agricultura era trabajo de hombres. Cuando veía la comitiva de mujeres que se dirigían al manglar a orillas del Paraguazú declaraba que ella no estaba hecha para coger marisco bajo el sol y que, si pudiera, viviría en la gran ciudad. Yo me convertí en su sombra desde muy chico. Los martes y viernes Luzia iba al monasterio, recogía cortinas, toallas y estolas y hacía un fardo enorme que se colocaba en equilibrio encima de la cabeza ayudándose de un rodete hecho con una prenda más pequeña, como una

funda de almohada o una toalla. Cada entrada en el monasterio iba precedida de amonestaciones: «No toques nada», «No hables alto ni corras por el patio», «Pide a los sacerdotes la bendición cuando se dirijan a ti y da las gracias si te ofrecen algo». «Algo» que, por supuesto, solo podía aceptar con su consentimiento. Yo ya no respondía a sus indicaciones con gestos de asentimiento. Planeaba cómo infringir las reglas, sobre todo la que me condenaba a mirar siempre al suelo y a moverme como si fuera invisible para no entorpecer las oraciones. Tantas advertencias no eran por gusto, me confesó Luzia una vez en un arranque de sinceridad: su intención era conservar el empleo de lavandera del monasterio y asegurarme una plaza en la escuela de la iglesia.

Por aquel entonces, mi hermano Joaquim había vuelto tras una temporada larga en la capital. Llevaba una vida errante, pero de joven aparecía de vez en cuando para ayudar a don Valter con los cargamentos del Dadivoso, costales de cereal y cajas de verdura. Salían los jueves en dirección al mercado de São Joaquim y no tenían día exacto para regresar. Durante un tiempo, en mis juegos infantiles fantaseé con gobernar *saveiros* mientras admiraba el Dadivoso y las otras embarcaciones que surcaban el Paraguazú en dirección a la bahía. Cuando mi hermano empezó a trabajar con don Valter, yo lo seguía hasta el río para ver cómo cargaban los sacos de harina, los bidones de aceite de palma y las cajas de ñame y yuca. Albergaba la esperanza de que me considerasen apto para trabajar. Soñaba con irme de casa y no tener que ver más las malas caras de Luzia diciéndome que yo era un lastre. Mis hermanos se habían ido de Taperá antes incluso de conocerme. De la mayoría de ellos no había ni fotografías ni recuerdos. Me quedé yo solo con Luzia y papá. Como no había quien cuidara de mí en su ausencia, no me quedó más remedio que acompañarla desde muy pronto a todos lados hasta que ella considerase que ya podía quedarme solo.

Cuando yo era pequeño, Luzia me llevaba a recoger la ropa del monasterio. Entraba y salía de las celdas y se encaminaba hacia el

altar de la iglesia toda contrita, santiguándose cada vez que pasaba junto a la imagen de algún santo o la de Nuestro Señor de Bonfim, la más grande de todas. Yo me apartaba sin hacer ruido a la vez que procuraba mantener los movimientos de Luzia dentro de mi campo de visión, dominando mis impulsos de explorador.

No podía desobedecer abiertamente sus órdenes, como la de no separarme de su lado. Planeaba cómo cazar los insectos del jardín del patio interior. Cogía toritos de los carambolos y me los posaba en el brazo. Les ponía nombres y ponía cuidado en que no cayeran bajo los zapatos de los monjes que recorrían los pasillos en silencio. A veces, al percatarse de mi presencia, me ponían una mano encima de la cabeza. Me bendecían y me ofrecían las carambolas maduras que yo mismo podría haber cogido de no ser por la prohibición de Luzia. Seguía a mi hermana y me gustaba sentir la paz plácida y silenciosa con la que recogía las prendas para lavar, esforzándose al máximo en pasar desapercibida, los pies flotando por encima del suelo. Ni siquiera se oían sus sandalias raídas en contacto con el suelo del monasterio. Yo, sin embargo, en cuanto me quedaba solo arrastraba los pies como si fuesen barcos quebrando la corriente del río, perturbando con el ruido la quietud sagrada del monasterio.

Cuando no localizaba insectos me sentaba en el banco de piedra y observaba a Luzia desde un lugar privilegiado. Observaba sus andares, su ronda, el recorrido por las celdas abriendo y cerrando puertas, el chirrido de los goznes dorados mientras ella juntaba ropa blanca. Me acercaba, pero no tenía permiso para pasar del umbral, no tenía permiso para atisbar el interior, aunque yo siempre intentaba echar un vistazo. Luzia entraba cabizbaja mirando solo lo que le interesaba. Recogía, doblaba, alisaba con las manos. La boca se movía en silencio recitando oraciones que nadie oía y los ojos contemplaban sin demorarse crucifijos y estatuillas de santos. Aquella era la casa de Dios, eso fue lo que me inculcó, y allí expiaba en contrición las dificultades que la vida ponía en su camino. Pero en la espalda de Luzia surgía un montículo, una joroba, que a mí me avergonzaba.

En eso estábamos de acuerdo, porque ella parecía sentir el mismo reparo. Hubo un tiempo en que no entendía su deformidad, todavía no comprendía las cosas de la vida y casi todo me dejaba indiferente. Sin embargo, a medida que crecía me alejaba cada vez más con tal de no oír las burlas de los niños. Los más atrevidos se acercaban sin que ella se diera cuenta para pasarle la mano por la chepa y pedir un deseo. Lo habían aprendido de la gente que pasaba por la carretera de Tapera. Muchas veces vi a mi hermana llegar a casa y dirigirse al patio, lejos de mí o de nuestro padre. Se detenía delante del huertecillo y se tragaba unas lágrimas que no llegaban a escapar de sus ojos.

Cuando nos visitaba Zazau, la hermana mayor de todas, me repetía que no debía llevarle la contraria a Luzia; «sufre de los nervios». Yo sabía que en el fondo no querían hablar de las maldades que la gente del pueblo bisbiseaba por las esquinas y que habían convertido a Luzia en una aparición que todos evitaban. Los niños en las calles, y luego en la escuela, repetían las historias que contaban sus mayores: que nuestra casa estaba maldita; que las cosas se rompían solas y los muebles se movían sin que nadie los tocara; que el fuego devoraba objetos sin que nadie lo provocase. El fuego parecía preocupar especialmente a los chismosos. Decían que en días de luna ardían cosas allá por donde pasaba Luzia. Ropa seca tendida en los cordeles, el colchón de paja, la maleza que bordeaba las casas y los caminos. Contaban que papá y mamá habían encerrado a Luzia en casa para que los vecinos no se tomaran la justicia por su mano. Si bien los primeros sucesos extraños se produjeron cuando ella era niña, no se sabía muy bien cuándo dejaron de ocurrir. Algunos decían que fue después de que muriera mamá, otros que los males cesaron cuando Luzia recibió la confirmación. Pero saber que mi hermana tuvo el poder de la magia cuando yo aún ni existía me atormentaba y atizaba todavía más mi curiosidad.

Un día, después de una azotaina de Luzia, decidí castigarla yo también. No le había contado nada sobre los comentarios que oía, sobre lo que se decía de ella por las calles de la aldea. La rabia me

hizo planear un golpe traicionero que la afectara de lleno. Aproveché que se había ausentado de la cocina para sacar del fogón un leño ardiente. Arrimé la llama a la cortina que separaba el dormitorio del resto de la casa. Quería vapulear a Luzia, provocar algo tan fuerte como los latigazos que había recibido con la liana, su arma para mantenerme bajo control. Siguiendo su ejemplo, yo no había llorado, no me había plegado a sus correctivos. Aun así, quería venganza. Con seis años no podía imaginar que el fuego no quemaría solamente la vieja cortina, sino que llegaría al techo y consumiría los listones de madera que sostenían el tejado. Las llamas se propagaron enseguida. Empecé a gritar «¡Fuego!» y me temí lo peor.

Luzia estaba regando los arriates que había junto a la puerta. Al oírme gritar se metió en casa como una flecha, sin tiempo siquiera para fijarse en mí. Se detuvo en la puerta, hechizada por la escena. Mirando hacia arriba, parecía admirar el rojo vivo de los listones consumidos por las llamas. Al cabo de un breve instante en el que no reaccionó, me sacó de la casa mientras el humo oscuro se elevaba hacia el cielo por las rendijas de las tejas. Cuando consideró que estaba a salvo en el patio, volvió al interior de la casa dejándome bajo el cielo de Tapera. No gritaba ni parecía alterada. Yo me quedé fuera. Sentí miedo y culpa. Había pecado; Dios me castigaría, y Luzia también si llegaba a descubrir la verdad. Traspasé el umbral de la puerta, pero no conseguí distinguir a Luzia en medio de la humareda, que ya había invadido los pocos espacios de la casa. Supuse que estaría intentando rescatar el rosario y el misal que llevaba a todas partes, pero la encontré agazapada y respirando humo sin darse cuenta.

Delante de Luzia crepitaba un pedazo de madera. Una pavesa en medio de las brasas. Mi hermana parecía hechizada. Llevó la tea hasta la puerta, pero, antes de salir, abrió la boca y se tragó el fuego como si necesitara guardarlo.

PAPÁ LLEGÓ POCO DESPUÉS del final del incendio, acompañado de dos vecinos que habían ido a buscarlo a la parcela. Los cubos de agua del Paraguazú habían contenido el fuego. Un poco tarde, porque el tejado había quedado completamente destruido. Me eché a llorar sintiéndome culpable por mi imprudencia. Lloré por el castigo que me aguardaba si mi padre y Luzia llegaban a descubrir lo que había hecho. Recibí consuelo de dos mujeres que se me acercaron: «No te asustes, ya lo han apagado», «Ya verás como en un abrir y cerrar de ojos tendréis un tejado nuevo que proteja la casa». Las mismas mujeres que me consolaban alimentaban el rencor contra Luzia, yo lo sabía. Lloré por miedo a que se descubriera mi venganza, que tenía el objetivo de hacerle daño. Ella seguía tranquila, nada que ver con el temperamento que demostraba habitualmente. Tenía la cabeza en otra parte. Miraba la casa como si no hubiera nada más que hacer.

Todavía recuerdo la cara de papá cuando vio el tejado arrasado y cómo recorrió el corro de mujeres del patio para localizar a Luzia. La boca abierta y la señal de la cruz antes de entrar a ver lo que había quedado. Por suerte, los daños se limitaron únicamente al tejado. Y si bien no recibí otra zurra, mi castigo fue soñar una y mil veces con la columna de humo que alcanzaba las nubes y recorría sin rumbo el cielo de Taperá.

Ese mismo día me llevaron a la casa de la vecina, doña Nadir, que vivía junto a la carretera. Allí me instalaron en una estera en el salón. Mi padre se quedó en la casa sin techado para proteger los objetos que no podíamos sacar. Ningún conocido le ofreció a Luzia